

# El hábito sí hace al monje

DANIEL SANESTEBAN

**E**l hábito no hace al monje”, dice el refrán castellano, y es verdad, en la misma línea que lo es “aunque la mona se vista de seda, mona se queda”. Escribo que el hábito sí hace al monje porque no me refiero a “hábito”, vestido, sino a “hábito”, costumbre. Dice el Diccionario de la Real Academia: Hábito. 1. Vestido o traje que cada uno usa según su estado, ministerio o nación, y especialmente el que usan religiosos y religiosas.- 2. Modo especial de proceder o conducirse adquirido por repetición de actos iguales o semejantes, u originado por tendencias instintivas.- De acuerdo con la acepción 2, el hábito sí hace al monje. Porque cuando se adquiere un “modo especial de proceder y conducirse” se adquiere una manera de ser, se forma un carácter. En una magnífica película italiana, “La gran Guerra”, se expone esta tesis. Los protagonistas, Vittorio Gassman y Alberto Sordi, dos pícaros, dos timadores, llamados a filas durante la I Guerra Mundial, mueren heroicamente, simplemente por contagio, en un episodio de la batalla del Isonzo. También la sostiene Indro Montanelli cuando nos cuenta la historia de su vecino de celda en la cárcel de San Vittore, Giovanni Bertone, chulo, tahir, bígamo, ladrón y estafador que detenido por las tropas alemanas por delitos comunes accede a colaborar con el enemigo y suplantar al general De la Róvere, identificándose hasta tal punto con su papel que prefiere morir fusilado en Fóssoli con sesenta y siete compañeros de cárcel, el 12 de diciembre de 1944, antes que traicionarlos. Contagiado por la dignidad y el valor de los hombres que le rodean prefiere morir como el general que había representado a vivir como el espía que era. Y en la novela “La

mano izquierda de Dios”, de William E. Barret, llevada al cine por Humphrey Bogart, vemos como un aviador norteamericano, convertido en bandolero sin fe y sin creencias, al llegar a una aldea china se hace pasar por sacerdote para salvar su vida y, atrapado en su propia trampa, se comporta como un verdadero sacerdote arriesgando su vida para salvar la de sus fieles.

También se conocen casos, en la ficción y en la realidad, en los que personas normales mezcladas con una chusma de ladrones y asesinos se comportan como el peor de los malvados.

El comportamiento humano es mimético. De ahí la gran importancia de la escuela, el primer grupo humano del que todos, en su día, formamos parte. El segundo de las mismas características era la milicia. Con la nueva Ley del Servicio Militar ya no lo será; sólo aquellos que lo deseen y sean admitidos podrán ingresar como soldados en las FF.AA.

Se ha discutido mucho acerca de la conveniencia de uno u otro modelo de servicio militar y algunas de las discusiones y comentarios se centran en aspectos circunstanciales olvidando el principal. A la pregunta “¿cuál debe ser el modelo de Servicio Militar?”, creo que debemos contestarnos: “aquel que permita cumplir con mayor eficacia el mandato expresado en el artículo 8 de la Constitución”.

El problema no está -como plantean algunos- en tener o no tener ejércitos, como no está en tener o no tener escuelas. El problema está en conseguir que ambos sean buenos.

Y, con respecto a los Ejércitos, que sean buenos en sus tres aspectos, como escudo, como espada, y como escuela. Porque un buen ejér-

cito debe ser las tres cosas. Escudo protector para que todos los ciudadanos de la nación puedan vivir y ejercer sus actividades legales sin ser perturbados por la acción armada de una nación extranjera. Espada para actuar en beneficio de la paz y la justicia cuando sean requeridos en virtud de los acuerdos internacionales suscritos por el Gobierno o por propia iniciativa de éste. Y escuela, para poder ejercer eficazmente sus anteriores cometidos y, al mismo tiempo, crear, en todos los que pasen por sus filas, un “modo especial de proceder y conducirse” que mejore sus cualidades humanas.

No voy a referirme al escudo ni a la espada, trataré sólo de la escuela, pues si conseguimos que los Ejércitos sean una buena escuela serán, sin duda un buen escudo y una buena espada. La milicia, como toda escuela, tiene dos áreas, una formativa y otra informativa. El SER y el SABER. Esta segunda corresponde exclusivamente a las Fuerzas Armadas, pues son las únicas que disponen de los medios necesarios para instruir a un soldado y de la capacidad legal de utilizar dichos medios. La primera, no. La formación de los seres humanos es un proceso continuo. En otro artículo escribí que la instrucción de un buen soldado empieza a partir del día en que sabe sonarse los mocos. La formación de ser humano empieza un poco antes. Y al fin y al cabo, el soldado no es más que un ciudadano o ciudadana que, cuando la nación lo requiere, viste uniforme y utiliza armas en virtud de una legislación especial. Si es un buen ciudadano será un buen soldado. Si es un mal ciudadano, como Giovanni Bertone, puede llegar a ser un buen soldado, pero es más difícil.

Sin embargo, esta dificultad no es insalvable para una buena organización militar. El ejemplo que tenemos más próximo es la Legión. Cuando el teniente coronel Millán Astray fundó la Legión abrió sus puertas a todos sin preguntarles ni su nombre. “Cada uno será lo que quiera, nada importa su vida anterior”. Apátridas, marginados, delincuentes, traicionados y traidores, hombres sin esperanza, soldados de fortuna -de poca



fortuna-, soñadores; los que huían de la vida se mezclaron con los que huían de la muerte para crear una de las mejores organizaciones militares de este siglo. Se podrá aducir que eran voluntarios. Voluntarios, sí. Pero no todos eran, en principio, guerreros natos, ni buenos ciudadanos, ni disciplinados, ni heroicos, ni fieles, ni valientes. Los hicieron así.

Esto no quiere decir que todas las unidades militares deban ni puedan ser como la Legión era entonces. Aquella Legión respondía a una época, a una situación y a unos personajes. Se creó con unos objetivos y los cumplió sobradamente. La Legión fue una escuela de héroes. No es el único ejemplo de que pueden formarse soldados patriotas, disciplinados, abnegados y valientes con un ideario y un método. No todas las unidades militares pueden ser la Legión pero cualquiera puede ser una buena escuela si todos los españoles ayudamos a que lo sea. El hombre, cualquier hombre, se siente satisfecho de sí mismo cuando es capaz de hacer lo que los demás no hacen, ya sea escalar el Everest, cuidar a los enfermos de sida o servir a su Patria con abnegación. Y no hay hombres incapaces, hay malos maestros.

He conocido a muchos soldados y ex-soldados. A ninguno he oído quejarse por haber tenido que superar pruebas difíciles o arriesgadas si tenían un fin práctico; al contrario, una vez superada la prueba la comentan con orgullo, tanto más cuanto mayor haya sido el riesgo. Sin embargo, he oído a muchos comentar con amargura determinados hechos que atentaban contra su dignidad (novatadas degradantes, malos tratos, injusticias) o que, sin ser especialmente penosos, no mejoraban en nada el concepto que tenían de sí mismos (tareas rutinarias y domésticas, tedio, monotonía, indiferencia). Un buen ejército es una de las mejores escuelas de heroísmo (la otra son las misiones católicas en el Tercer Mundo), la mejor escuela de compañerismo y una buena escuela de disciplina. Cuanto más se acerque un ejército a este modelo mayor será su grado de aceptación.

El grado de aceptación varía también con el mayor o menor sentido práctico de la actividad desarrollada. Una buena escuela es la que consigue convencer al alumno de que su esfuerzo no es vano, de que es útil, o lo será muy pronto, para él mismo o para los demás.

Algunos estudiosos de la sociología militar parece que, a veces, olvidan que las Fuerzas Armadas son tres: Tierra, Mar y Aire. Se debe, probablemente, a que por ser el contingente del Ejército de Tierra superior a la suma de los otros dos, la experiencia que tienen de "la mili" la mayor parte de los españoles procede de los días en que vistió de "caqui".

Ahora bien, el Ejército de Tierra, la Armada y el



Ejército del Aire son tres modelos de escuela distintos, porque lo son los ambientes en que desarrollan su actividad, los medios empleados y la manera de combatir, y es distinta también, y esto es importante, la sensación de utilidad inmediata que transmiten, en tiempo de paz, al soldado o marinero.

Como consecuencia de la situación en que desarrolla su actividad cada una de las Fuerzas Armadas en tiempo de paz, las que tendrían que soportar más críticas negativas, si se hiciera una encuesta a los ex-soldados, serían, probablemente, algunas unidades del Ejército de tierra debido a que el objetivo de su actividad parece muy remoto. De ahí esa sensación que tiene el soldado de estar siempre en movimiento para hacer

pocas cosas útiles, lo que definía un amigo mío, soldado de Infantería, como "el ocio sin descanso". En cambio cuando van a tiro, cuando hacen maniobras, cuando aprenden el manejo de armas o de máquinas, o cuando están en Nicaragua, en El Salvador o en Bosnia, se acuestan cuando pueden hacerlo cansados pero contentos, a bien consigo mismos y con los demás, porque adquieren conciencia de su importancia, han hecho "algo".

Las experiencias de los marineros son distintas y, en parte, más positivas. Los marineros hacen en la paz casi las mismas cosas que en la guerra. O dicho de otra forma, un elevado tanto por ciento de su actividad en tiempo de paz es la misma que en tiempo de guerra.

Se sienten útiles. Lo impone el escenario. La guerra naval se hace navegando y combatiendo.

En tiempo de paz no combaten, pero navegan, y se entrenan para el combate. Y navegar es una ocupación tan apasionante y compleja que basta por sí sola para mantener alta la propia estimación. Incluso en tiempo de guerra no todos los marineros dedican su tiempo a colaborar en la destrucción del enemigo, parte de ellos lo emplean en mantener el buque en las condiciones óptimas de combate, pero se saben imprescindibles porque,

navegando, toda tarea es importante y no hay puestos más arriesgados que otros. En la mar nadie está solo ante el peligro, todos los comparten, desde el comandante al último marinero. Hacer un buen marinero requiere tiempo pero España es cuna de hombres de mar. A los marineros, si se seleccionan adecuadamente como se viene haciendo, hay que adaptarlos a la vida militar pero no a la mar, a la que ya conocen. Son los que llevan en su corazón, en palabras de Víctor F. Freixanes, "el sabor áspero de la sal y del lino mojado, endurecido en el cuerpo, la canción de los estorbos y de la aventura...".

El Ejército del Aire es otro mundo distinto. El soldado de aviación (sal-



vo contadas unidades) no es un combatiente directo, es un auxiliar de combate. Su actividad casi no cambia de la paz a la guerra, el escenario es siempre el mismo -una base aérea y el fruto de su esfuerzo, inmediato: que los aviones vuelen y cumplan sus misiones, aunque su contribución al éxito del resultado sea limitada.

El Ejército del Aire tiene la fortuna de tener a gran parte de sus unidades permanentemente en pie de guerra. Las unidades de transporte, las unidades de salvamento, las de extinción de incendios, las de experimentación en vuelo, las de guerra electrónica, las de reconocimiento, sólo distinguen la paz de la guerra por el riesgo añadido, pero su trabajo es el mismo. Esta actividad real se transmite al soldado y él se siente una pieza útil de este complejo mecanismo y eso le satisface. Su valor personal sólo se pone a prueba cuando, en tiempo de guerra, su base es atacada -lo que no es infrecuente-, pero siempre, en paz y en guerra, vive inmerso en un ambiente de riesgo y aventura, atractivo para cualquier hombre joven. No le importa ser un actor secundario porque le gusta la película y él participa en ella. Como todos los

soldados, aprende pronto la lección del compañerismo. Y puede aprender fácilmente la del trabajo bien hecho, la precisión, el rigor, porque las aeronaves son unas máquinas complejas y delicadas y cuanto se relaciona con ellas, también lo es. Incluso las tareas que parecen más sencillas, como puede ser la carga y descarga de un avión, requieren cierta especialización, y para conseguirla en el grado necesario es preciso que el soldado de aviación no sea un ave de paso; si se pretende que su tiempo en filas sea útil para él y para el Ejército del Aire se necesita permanencia.

El cambio del Servicio Militar Obligatorio por el voluntariado, con compromisos prorrogables, no cabe duda que aumentará la eficacia de los ejércitos en su actividad de formación de hombres y mujeres, y me parece indudable que el paso por las filas de los Ejércitos, que siempre consideré que tenía más aspectos positivos que negativos, será muy beneficioso para aquellos que ingresen como soldados siempre que además de su formación como tales se les ofrezca una discreta opción de futuro. Creo que la permanencia en las FAs es una oportunidad única de ad-

quirir ciertas formas de comportamiento, ciertos hábitos. "un modo especial de proceder o conducirse" que potenciará sus virtudes y les ayudará a corregir sus defectos. Y que su voluntad de participación en la Defensa Nacional será a lo largo de toda su vida un motivo de propia estimación.

La cruz de la moneda estará en que con el nuevo sistema serán muchos los jóvenes españoles que pierdan la oportunidad de mejorar su calidad humana; que algunos pensarán que la Defensa de la Patria -suponiendo que tengan claro tal concepto-es cosa de otros; que en caso de movilización general -improbable pero posible- una gran parte del contingente serán hombres, y tal vez mujeres, absolutamente ignorantes de todo lo relativo a las FAs; y que en España, pueblo de castas, habrá una más: "los que hicieron la mili". Y no puedo menos de sentir tristeza al pensar que con la diversidad de planes de enseñanza en las distintas comunidades y el nuevo modelo de servicio militar voluntario puede ocurrir que algún español que no ha sido soldado o marinero se muera sin haber oído decir nunca que "España limita al Norte con el Mar Cantábrico y Francia" ■

## Concurso de Fotografías de Revista de Aeronáutica y Astronáutica 1998



Con el patrocinio de INDRA



Revista de Aeronáutica y Astronáutica convoca su concurso fotográfico para el presente año 1998.

### Bases del concurso:

1.- Se concederán premios por un total de 550.000 pesetas, distribuidas de la siguiente forma:

- Un premio a la "mejor colección" de 12 diapositivas, dotado con 150.000 pesetas.
- Un premio a la "mejor diapositiva", dotado con 100.000 pesetas.
- Un premio a la diapositiva que capte la mejor escena de "interés humano", dotado con 50.000 pesetas.
- Un premio a la "originalidad", dotado con 50.000 pesetas.
- Un premio a la diapositiva sobre "mejor avión en vuelo", dotado con 50.000 pesetas.
- Cinco accésit de 30.000 pesetas cada uno.

El fallo del jurado se anunciará en la Revista de Aeronáutica y Astronáutica correspondiente al mes de enero de 1999.

2.- Al concurso deberán presentarse diapositivas en color, originales, de tema aeronáutico, valorándose especialmente las desarrolladas verticalmente para su posible utilización como portada de Revista de Aeronáutica y Astronáutica.

3.- Los trabajos se remitirán en sobre cerrado al Director de Revista de Aeronáutica y Astronáutica, calle de la Princesa número 88, 28008 Madrid, consignándose en el mismo "Para el Concurso de Fotografías".

Las diapositivas, en el marco, y las copias sobre papel, si se acompañaran, al dorso, llevarán escrito de forma visible el lema o seudónimo y numeración correlativa, y en papel aparte, los títulos de lo que representan, no figurando en ellas ningún dato que pudiera identificar al concursante. Para las anotaciones al dorso de las copias sobre papel debe utilizarse un sistema cuya tinta no emborrone por contacto la imagen de otras fotografías.

También se incluirá sobre otro sobre cerrado con el lema o seudónimo, dentro del cual irá una cuartilla en la que figure de nuevo el lema o seudónimo y el nombre y dirección del autor.

4.- Todos los trabajos presentados al concurso pasarán a ser propiedad de Revista de Aeronáutica y Astronáutica y aquéllos que no resultasen premiados, pero que aparecieran publicados ilustrando algún artículo, serán retribuidos a los autores de acuerdo con las tarifas vigentes en esta publicación.

5.- Si las diapositivas no reuniesen, a juicio del jurado, las condiciones técnico-artísticas o el valor histórico como para ser premiadas, el concurso podrá ser declarado desierto total o parcialmente.

6.- El plazo improrrogable de admisión, terminará el 30 de noviembre de 1998.

7.- El Jurado que examinará y juzgará los trabajos presentados al concurso estará formado por personal de la Redacción de la publicación e INDRA, y presidido por el Director de Revista de Aeronáutica y Astronáutica, con el asesoramiento de un técnico en fotografía.